

dian. Era su subyugadora personalidad. Su dulcedumbre. Era su "ángel".

Luego habló del indio y contó Doris como después de recibir el Premio Nobel en 1945 fué recibida en audiencia privada por su Santidad Pío XII. Su Santidad le preguntó si ella deseaba que él pidiera a Dios una gracia para ella. Gabriela contestó: "No Santo Padre, no ruegue por mí, ruegue por los indios de América." ¡Hermana espiritual de Fray Bartolomé de las Casas! Esa entrevista se publicó en el órgano del Vaticano. Nadie antes había pedido a Su Santidad que rogara por los pobres indios en pleno siglo XX.

Despedida:

Gabriela: ¡cómo te recuerdo! No te has ido de mí yo. En mi libro "De mi yo" tengo un canto a tus manos. Tus varias imágenes las llevo dentro, Maestra y guía. Si hoy escribo y siento la vida, la belleza, es por ti. Si amo el magisterio es porque tú me diste en carne y alma la oración de la maestra siendo discípulo tuyo. Si sufro la vida con dulzura es porque tú me hiciste sentir el divino tesoro del sufrimiento. Lo bueno en mí lo sembraste tú, Madre Gabriela. Soy dos veces huérfano.

Hablaré de tus dolores que te dieron conciencia de vida. Jamás miraste con ojos torvos a aquellos que por no comprenderte trataron de herirte, pero tú les dabas miel y endulzabas con tu mansedumbre. Diré que negaste ser buena y santa cuando allá en tu Chile campesinos te idolatraban y encendían candelas ante tu imagen. Hablaré de tu soledad y no soledad, ausencia de parientes y buena pesca de amigos. Desmentiré

que si eras generosa era porque buscas cariño cuando sí sé que fuiste generosa como naciste mujer. Si nos acercamos a ti fué por tu imán como rayo o centellas de luz para atraernos. Díve que este siglo tuvo un gran privilegio... el haber tú pisado los caminos y por allí por donde pasaste "el nardo nacía más fragante".

Te citaré tantas y tantas veces como a los Evangelios, como a las sabias leyes salomónicas.

Sabré perdonar porque tú me dijiste "El que no perdona lleva la espina del rencor dentro y esa espina te hace más daño a ti que al que no perdona".

Me acercaré a los aristócratas del espíritu pero mi felicidad, como la que fué tuya, estará en dar a los jóvenes "un empujoncito" con el poco peso de mi valor".

No seré tacaño con la palabra. Siempre hablaré bien de todos y aún buscaré virtudes en mis enemigos.

Oraré siempre. Tú me enseñaste el valor de la oración y los milagros que puede hacer ese "motorcito" divino que el hombre lleva dentro: fe-motor.

Gabriela, mi eterna Gabriela tu regalo "La Imitación de Cristo" más "El Profeta", "La Biblia", "Don Quijote" y tu voz serán mis compañeros hasta que volvamos a vernos. Ruega por mi verso para que sea mi velita votiva ante tu memoria presente.

Pedro Juan Labarthe

Illinois Wesleyan University,
Bloomington, Ill, U.S.A.

pa? De modo que aún en la clase armada, la voz de persuasión puede tener más alcance que la voz de mando. Porque todos, ante todo, somos humanos: la bondad nos da en el corazón. No hay proyectil más certero ni de más plausibles efectos.

Antes de ocupar su alto encargo, el Hombre Bueno de la República había ya sufrido un primero y grave accidente, de que lo salvó nuestro Cardiólogo, como envolviéndolo en un encantamiento que, al menos, le permitiera vivir lo bastante para cumplir con la nación. El encantamiento se prolongó todavía algunos años, pero el corazón ya estaba muy afectado. Acabó de desbaratarse entre las emociones de la piedad y el salvamento, ahora cuando las inundaciones recientes.

Me sucedió un día caer también con un infarto que estuvo a punto de aniquilarme, y el Hombre Bueno de la República con su manso acento, me dijo entonces:

—No se preocupe, no se asuste. Usted y yo estamos bien garantizados. Somos los platos rajados de la vajilla.

—¿Cómo es eso? —le pregunté.

—Pues va de cuento —me dijo—. Esta era una familia que se compró en Inglaterra una valiosísima vajilla de lujo. Al deshacer cuidadosamente los paquetes, se encontraron con que un plato venía rajado. "Mucho cuidado con éste, dijo la señora, que está rajado, y estos platos valen mucho". Resultado: al cabo de dos años, toda la vajilla había desaparecido, con excepción del plato rajado. La moraleja, para los cardíacos, cae de su propio peso.

¡Ah, pero un día funesto de octubre "la que a nadie perdona" llamó temerosamente a su puerta! ¡Se nos ha ido el plato rajado! Evocamos la noble imagen y —sintiéndonos personalmente aludidos como tiene que ser por fuerza— murmuramos en voz baja aquella palabra del conmovedor Gutiérrez Nájera:

Ha de volver la pálida enlutada...

¿Quién de nosotros marchará primero?

OCTAVIO JIMENEZ A.
ABOGADO Y NOTARIO

Oficina: 25 varas al Oeste de la Tesorería de la Junta de Protección Social,

Teléfono 2034

Apartado 338

San José, Costa Rica

El Hombre Bueno

Por Alfonso REYES

(Vida Universitaria, Monterrey, Nuevo León, México. Noviembre 1956.)

El Hombre Bueno de la República, con su sola conversación suave y moderada, lograba crear en torno a sí un ambiente de conciliación y avenencia. Tenía la voz terapéutica, una voz que pudiera registrarse entre lo que alguien llamo "remedios contra las pasiones". El escritor venezolano Pedro Emilio Coll solía decirse en Madrid: "Compañero, hay un peligro en la voz. No alce el tono en las discusiones, porque luego tiene que seguir su voz, y nunca sabe uno hasta dónde puede arrebatarse". Así, también, hay en la sola manera de hablar y de plantarse ante el prójimo, un comienzo

de arreglo. La bondad de aquel hombre trascendía a su manera de hablar, a su aire de placidez serena. Se sentía uno a gusto. Se daba cuenta, a su lado, de que todo tiene compostura y remiendo con un poco de voluntad.

El valor de la benevolencia y la mansedumbre acaso no es bastante apreciado en épocas de sobresaltado desconcierto. Pero, vamos a cuentas, ¿no sabemos bien que aquel hombre bueno era, por dulzura y no por autoridad, por sencillez y no por aparatoso alarde, una de las influencias más poderosas en el ejército, en el generalato, la oficialidad y la tro-